

ROBERTO RUSSELL

(Editor)

ARGENTINA 1910-2010

Balance del siglo

Carlos Altamirano

Pablo Gerchunoff

Luis Alberto Romero

Roberto Russell

Juan Carlos Torre



taurus



Roberto Russell es Ph. D. en Relaciones Internacionales por la School of Advanced International Studies, Johns Hopkins University, profesor plenario y director de la Maestría en Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella y presidente de la Fundación Grupo Vidanta. Ha sido profesor visitante en las Universidades de Georgetown, Londres y Beijing y en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid. Obtuvo la beca Fulbright como Research Scholar (1980), la cátedra Domingo Faustino Sarmiento de la Universidad de Salamanca (1999) y el Premio Konex en Ciencia Política (2006). Solo o en colaboración, ha escrito, entre otros, los libros *El Mercosur y los cambios en el sistema político internacional*; *The United States and Argentina. Changing Relations in a Changing World*; *El lugar de Brasil en la política exterior argentina*, e *Imperio, Estados e Instituciones. La política internacional en los comienzos del siglo XXI*.

ROBERTO RUSSELL

Editor

ARGENTINA 1910-2010

BALANCE DEL SIGLO

Carlos Altamirano, Pablo Gerchunoff,
Luis Alberto Romero, Roberto Russell,
Juan Carlos Torre

TAURUS

PENSAMIENTO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
<i>Roberto Russell</i>	
DEMOCRACIA, REPÚBLICA Y ESTADO: CIEN AÑOS DE EXPERIENCIA POLÍTICA EN LA ARGENTINA	15
<i>Luis Alberto Romero</i>	
CAUSAS Y AZARES... EN MÁS DE UN SIGLO DE HISTORIA ECONÓMICA ARGENTINA	103
<i>Pablo Gerchunoff</i>	
TRANSFORMACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA	167
<i>Juan Carlos Torre</i>	
LA ARGENTINA DEL SEGUNDO CENTENARIO: FICCIONES Y REALIDADES DE LA POLÍTICA EXTERIOR	227
<i>Roberto Russell</i>	
PENSAR EN LA ARGENTINA ENTRE DOS CENTENARIOS	309
<i>Carlos Altamirano</i>	
LOS AUTORES	397

este libro comenta y sopesa la historia vivida por el país en los últimos cien años, revela y explica constantes y rupturas, abre numerosos interrogantes y ofrece algunas respuestas para ponerse, finalmente, frente a los principales desafíos —de arrastre y nuevos— con los que iniciaremos el tercer centenario. Muchas son las ideas y provocaciones intelectuales que surgen de sus páginas. Para cerrar esta introducción, quiero referirme a tres aspectos que atraviesan todos los trabajos. El primero tiene que ver con la repetición de la idea de decadencia, de la imagen de la Argentina como experiencia frustrada, del país como desilusión, de la nación con fallas. Este conjunto de sentimientos e ideas tiene viejo arraigo y fue la materia de las grandes obras de los años 30 que reflexionaron sobre el “ser” argentino o que criticaron a la Argentina “sin alma” posterior a Caseros y los mitos del país liberal, al que identificaron con el optimismo y la facilidad. Como apunta Altamirano, esta presencia frecuente del pesimismo y del desengaño se ha entroncado con otra idea reiterada, que retomo especialmente en mi ensayo sobre las ficciones y realidades de la política exterior: la de un nuevo comienzo que deje atrás de una vez por todas las desventuras, los yerros y las frustraciones. La repetición y combinación de ambas ideas —nueva marcha y decadencia— muestran que la propensión al pesimismo sobre el tránsito o el destino del país, con razón o sin ella, ha estado presente en el “alma” de muchos argentinos a lo largo del segundo centenario. Es importante ver este aspecto con perspectiva histórica para comprender mejor el tonificado espíritu de desencanto del fin de centuria. Una nota más sobre este punto. Pablo Gerchunoff se pregunta por qué la ilusión no floreció en la Argentina entre 1963 y 1973, cuando la economía creció aproximadamente al 2,5 por ciento anual por persona, un

número similar al de 1880-1914, y la tasa de desempleo se mantuvo baja. Por el contrario, este período coincidió con una fuerte agudización de los conflictos políticos y sociales y con el inicio de la lucha armada y la movilización revolucionarias.

El diagnóstico de la decadencia fue extemporáneo en los años treinta, cuando el país estaba en plena construcción. No lo sería más adelante, cuando los argentinos y quienes miraban a la Argentina desde afuera comenzaron a ver que el país no cumplía en serio su promesa. La Argentina del asombro por sus logros tempranos y espectaculares pasó a ser la Argentina del asombro por sus fracasos, el caso ejemplar de lo que no se debe hacer o de lo que uno no quiere que le pase en carne propia. Son innumerables los comentarios que comienzan a aparecer en el exterior, en particular a partir de principios de los setenta, sobre la Argentina como experiencia errada. La idea de un país “bendecido por los dioses” que desaprovecha una tras otra sus oportunidades. Con el tiempo, el asombro fue reemplazado más bien por la indiferencia, por un “que Dios los ayude” y, en ocasiones, por el hartazgo. La tentación de encontrar el momento o la “causa” principal de este curso amargo y decepcionante ha estado presente tanto en el análisis erudito como en las discusiones políticas o ideológicas. También en la cabeza y el corazón de muchos argentinos. Se trata, como es claro, de una cuestión compleja y resbaladiza que no puede atribuirse a un solo factor, grupo o partido, aunque con frecuencia se apela a este tipo de reduccionismos cuando se habla, por ejemplo, de la Argentina liberal, del peronismo o de los militares. En su versión aún más primitiva, las explicaciones reduccionistas han puesto el origen de nuestros males y pesares en el imperialismo, la “sinarquía”, el marxismo internacional y, más recientemente, el “neoliberalismo”. Frente a estas prácticas comunes, el libro —y este es el segundo aspecto que merece señalarse aquí— engarza momentos, circunstancias y razones que fueron metiendo al país en callejones sin salida, que hicieron de la Argentina una nación diferente y “sensiblemente peor”, al decir de Romero. El capítulo más oscuro de esta larga trayectoria fue la década de los setenta, los así llamados “años de plomo” con su carga de responsabilidades compartidas, aunque no hayan sido simétricas. Fueron, asimismo, los años en los que comenzaron a ahondarse las grietas sociales, los del inicio del “eclipse”, en térmi-

nos de Juan Carlos Torre, que acabaron con la singularidad argentina en materia de integración social en América Latina.

Por cierto, la última dictadura militar fue la expresión más desenfrenada y siniestra de una forma facciosa y violenta de hacer política, que venía de los años precedentes. También, como enfatizo en mi ensayo, de la ruptura de arraigadas tradiciones en política exterior; el régimen militar violó la legalidad internacional, abandonó el dogma de la paz, apeló a las armas en lugar del derecho y dejó de lado el principio de no intervención. Sin embargo, vuelvo a citar a Romero, los militares “no fueron un ‘demonio’ ajeno a la sociedad que les dio origen, los avaló o los toleró”. Para recurrir al ejemplo más a mano, Malvinas, su operación más desmesurada, contó con el apoyo de la mayoría de la opinión pública, de la casi totalidad de los partidos políticos y de los grandes medios de opinión que secundaron, como recuerda Altamirano, la versión del gobierno de Leopoldo Galtieri de los sucesos de la guerra como lo habían hecho antes con la información sobre la “guerra sucia” y sus preceptos. Con la mirada puesta en los aspectos económicos, Gerchunoff señala que a partir de 1975 y por varios años la Argentina se convirtió en “un país estancado y sin norte que, en una magnitud que sorprende, cedió posiciones relativas en la comparación con otras naciones; un país que abrió un brecha social hasta entonces desconocida”. La ubicación de la Argentina en el ranking mundial en términos de Producto Bruto Interno (PBI) da cuenta de este camino cuesta abajo. Del puesto 13 que ocupaba en 1910, pasó al 12 en 1950, al 14 en 1970, para descender al 21 en 1990 y llegar al 23 en 2008. Las cifras son más elocuentes cuando se mide el descenso tomando el PBI *per capita*: la Argentina se situaba en 1910 en el puesto número 8, pasó al 17 en 1950, al 26 en 1970, al 49 en 1990 para bajar al 57 en 2008.

El tercer aspecto presente en el libro que quiero subrayar es el de las continuidades de ciertas políticas como así también de problemas que, por no resolverse, se han transformado en constantes perversas, con un gran poder de retroalimentación. En cuanto a la continuidad de ciertos lineamientos básicos de políticas y de trayectorias de plazos largos, el lector encontrará referencias a este aspecto especialmente en los ensayos sobre la economía y la política

exterior argentina. En ambos casos los argumentos van, en gran medida, a contramano de creencias difundidas que nos hablan del carácter errático de la política económica y de la política exterior a lo largo del siglo, sobre todo de esta última. Los dos ensayos ofrecen razones fuertes para sostener lo contrario. Por su parte, Luis Alberto Romero habla de “continuidades llamativas” cuando compara las mismas expectativas políticas que los argentinos tenían en 1910 con las que tienen en la actualidad: una democracia mejor, una república verdadera y una agencia estatal más vinculada con el interés general. Desde otro ángulo, Carlos Altamirano resalta que en 1910 el diagnóstico extendido era que la Argentina progresaba en lo material, pero que esta evolución no se había propagado a las costumbres políticas. La necesidad de regenerar la vida política presentada entonces como un capítulo irresuelto tiene hoy una fuerza seguramente mayor que al inicio del primer centenario. Altamirano anota que Roque Sáenz Peña había llegado a la presidencia con la promesa de “reconciliar la república con la democracia mediante una nueva ley electoral”. Una de las cuestiones clave de la política actual podría sintetizarse invirtiendo los términos de esa promesa, la reconciliación de la democracia basada en el sufragio popular con la república. Los déficits de la democracia “realmente existente”, la tenacidad de ciertas prácticas políticas de manejo concentrado y arbitrario del poder, las distintas formas de relacionarse con la política, la debilidad del Estado y de los partidos políticos y las profundas brechas sociales ponen altas barreras a la realización de la tarea. Romero y Torre se ocupan de estos temas políticos y sociales, cada uno desde la óptica que le toca, y a sus ensayos remito al lector.

Pese a estos problemas y a los propios de la democracia, esta constituye, de lejos, el mayor aporte a la columna del haber en el balance de las tres últimas décadas del segundo centenario. También se ubican en ese sitio las condiciones objetivas para avanzar hacia un nuevo patrón productivo y distributivo que vigore y diversifique el crecimiento económico y que dé pie para un nuevo vínculo fructífero con un mundo que se presenta más receptivo a lo que la Argentina ofrece y puede ofrecer. Como sostiene Gerchunoff, la hiperinflación de 1989 fue, en realidad, la *grande finale* de una larga travesía y lo que sucedió desde entonces

hasta hoy en el mundo y en el país —a pesar de las diferencias entre Carlos Menem y los Kirchner— nos ha colocado frente a un nuevo contexto económico que acaso reúna los requisitos para un crecimiento perdurable. El optimismo de 1910 fue pronto opacado por nubarrones que amenazarían la sustentabilidad del progreso material que lo nutría. El desánimo de 2010, alimentado en gran parte por una cotidianeidad que agobia y fastidia, quizás esté empañando nuestra capacidad de apreciar las posibilidades que se le presentan al país para un nuevo y distinto despeje y para encarar más a fondo el problema de la pobreza y la desigualdad, probablemente el más pesado de los lastres que nos deja el siglo. El azar, esta vez, parece jugar a favor en cuanto a lo que viene de afuera. Que las causas internas lo hagan en el mismo sentido es la gran incógnita con la que la Argentina se abre a los primeros años de su tercer centenario. No faltan motivos para la inquietud.

Buenos Aires, enero de 2010

Roberto Russell (Editor)

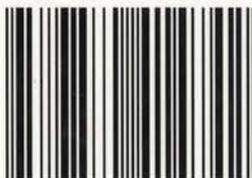
Argentina 1910-2010

En 1910, el Centenario fue una verdadera celebración, realizada bajo el signo de la fe en un porvenir de prosperidad ininterrumpida. Una nueva sociedad emergía impulsada por el poderoso dinamismo económico, y las tensiones y conflictos que en ella se manifestaban no alcanzaban a opacar aquel optimismo. Al progreso y la movilidad social se añadían un animado ambiente intelectual e importantes avances hacia la superación del atraso en el plano de la democratización política.

Cien años más tarde, la realidad difícilmente podría ser más distinta. ¿Acaso aquellas previsiones fueron desmesuradas? ¿Qué encadenamiento de sucesos, en el país y en el exterior, empujó hacia ese cambio? ¿Qué corrientes de pensamiento influyeron en esa transformación? Ese curso, ¿fue inevitable?

Escritos por especialistas de reconocida y valiosa trayectoria, los ensayos que conforman *Argentina 1910-2010* trazan una síntesis crítica de la centuria, con sus dramas, sus logros, sus ilusiones y sus desencantos, y contribuyen de manera inestimable a responder esas inquietudes y a precisar cuáles son, entre muchos, los desafíos que deben encararse de manera prioritaria para revertir esa tendencia negativa.

ISBN 978-987-04-1474-2



9 789870 414742